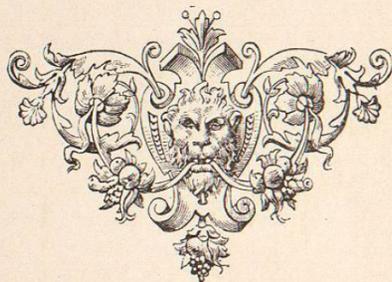


te. Apenas había caído mortalmente herido el capitán de los bandidos por el certero tiro del Conde, cuando éste vino al suelo atravesado por una bala de los asaltantes y fueron heridos los pasajeros Avila, Mork y Saumer. El bandido agonizante fué retirado del lugar por sus compañeros á fin de ocultarlo en otro lejano, en tanto que el cuerpo del Conde, despojado del reloj y alhajas, permaneció tendido en el campo hasta que llegó al lugar del suceso la autoridad y empezó á practicar las primeras diligencias.

Tan funesto acontecimiento impresionó vivamente, tanto á los habitantes de la República, como á los de países extranjeros, en los que el noble Conde habíase dado á conocer honrosamente por las relevantes prendas que lo adornaban. Los criminales pronto fueron descubiertos y aprehendidos, merced á las activas diligencias y á la sagacidad de la policía. Los chamuscados tacos de papel que se hallaron regados en el campo del siniestro, que contenían

entrecortadas frases de unos vales y recibos, así como una firma, fueron los indicios luminosos que guiaron á la autoridad de las poblaciones de Amecameca y Ayotla para el descubrimiento de los criminales, cuyo notable proceso tuvo por final resultado la ejecución en la plazuela de Santo Domingo (el 30 de Octubre del mismo año) de los bandidos Eusebio Mercado, Nicolás López y Antonio Mercado, cuyos cadáveres fueron expuestos por ocho días, el del primero en Loma Larga, lugar en que se perpetró el crimen; el del segundo en el Cementerio de Ayotla, y el del tercero en los paredones de Tlapacoyan, lugar como el anterior, en que celebraban dichos malhechores sus reuniones.

En vista de tantos contratiempos como los que se experimentaban en los caminos, no es de extrañar que nuestros antepasados se creyesen obligados, al emprender cualquier viaje, por corto que fuese, á otorgar su testamento y á hacer confesión general de todas sus culpas.



VENEDORES AMBULANTES.

HAS paseádotte, queridísimo lector, por la buena ciudad de México en aquellas noches en que por mi intervención ó de la diosa de la Memoria, conociste nuestro gran teatro, el paseo de las Cadenas y aquel fonducho del Conejo Blanco, así como los bailes de

la Lonja y otros hechos curiosos que ni soñado habías; y pues bien instruido te hallas de las nocturnas costumbres de antaño, fuerza es que también conozcas los antiguos usos de nuestra hermosa Capital durante el día, si para tal fin me otorgas de nuevo tu venia. Seré

otra vez tu guía, pero has de prometerme sacudir por tu parte el marasmo que, en general se ha apoderado de nuestra sociedad, á fin de que vuelvas á ponerte, de un salto, frente á frente de otra época en que las diligencias y no los trenes de vía herrada, eran los vehículos que nos transportaban á los diversos lugares del país. He soltado dos palabras, marasmo y ferrocarriles, que por expresar ideas contradictorias parecen mal aplicadas á un mismo asunto, puesto que la primera indica inmovilidad y la segunda vertiginoso movimiento; más oye atentamente mi explicación, con la que pretendo probarte que, en los tiempos que corren, una idea no excluye á la otra. No cabe duda, y por necio me tendrías si sostuviera lo contrario, que los ferrocarriles determinan en la actualidad una era de progreso, como que han venido á sustituir á esas pesadas alcancías, llamadas diligencias, que se balanceaban sobre sus sopandas de cuero; á los coches de camino con su camisa de fuerza y sus tiros de mulitas arrendadas, á veces, con mecates; á las carretas de transporte y á los arrieros, esos tipos de honradez que casi han desaparecido; pero advierte que ese movimiento de trenes de vapor y eléctricos es resultado de una actividad extraña y meramente especulativa, profusamente alimentada por nuestros gobiernos progresistas y no por la sociedad, que ninguna participación ha tenido en ello. Contempla esa apatía reinante en todo y para todo, la pobreza, particularmente de las poblaciones pequeñas, que son las más, la poca alza de nuestra industria fabril, la debilidad del espíritu de empresa y otras circunstancias que no están en consonancia con el movimiento de los ferrocarriles y dime, querido lector, si todo ello no te revela que en nuestro sistema actual de educación algo nos falta que imprima poderosa energía á un pueblo debilitado por su indiferencia á que he aludido. Ese es el marasmo de que te he hablado, mi buen lector, marasmo que mantiene la miseria pública á pesar de los ferrocarriles y de la paz que dichosamente y por largo tiempo disfrutamos, por lo que convendrías conmigo en que nuestro progreso, que realmente existe, y me complace en reconocer, es relativo, mas no el que debiera, mediante la desaparición de ese mal que llamo enflaquecimiento social, cuyas causas son dignas de investiga-

ción y cuyo remedio lo es de un estudio concienzudo.

Esas reflexiones que me sugiere, no un sistema pesimista, sino mi buen deseo, tienen un fin determinado, como es el de prepararte para que procedas con sano juicio y buen discernimiento, en las comparaciones que establezcas entre las costumbres de antaño que te ofrezco y las actuales. En aquéllas verás moralidad y en éstas más adelantamiento material aunque no en el sentido absoluto de la palabra, según he manifestado anteriormente.

Prosigo, pues, lector amigo, y óyeme, te lo suplico, con tu no desmentida buena voluntad.

* * *

Aún no sonaba en la Catedral el toque del alba, contestado por el de las sonoras campanas de los templos de la Merced, San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, que la Reforma derribó de sus torres, cuando ya se oía el estridente ruido de las pesadas diligencias que partían á las cuatro de la mañana del callejón de Dolores, hoy primera calle de la Independencia. Una, la del Interior, se dirigía á Tepic, por Cuautitlán Tepeji, Soyaniquilpa Arroyozarco, San Juan del Río, Querétaro, Celaya, Salamanca, Irapuato, Guanajuato, Silao, León, Lagos, San Juan de los Lagos, Pegueros, Tepatitlan, Zapotlanejo, Guadalajara y Tequila, y la otra para Veracruz por Riofrío, Puebla Perote y Jalapa. La primera empleaba en su carrera siete días, y la segunda tres y medio.

Ahuyentadas las tinieblas de la noche por los primeros albores de la aurora, empezábase á observar el movimiento de la ciudad, que iba en aumento á medida que los moradores abandonaban sus lechos.

El mugido de las vacas que se dirigían á las plazuelas designadas, para ser ordeñadas, era el que primeramente interrumpía el silencio de la noche.

Los serenos con paso perezoso á causa de su pasado é intranquilo sueño, se retiraban de las esquinas, en tanto que apresuradamente los sirvientes de uno y otro sexo recorían las calles en busca de las primeras provisiones para sus amos. Los barrenderos, como hoy, no hacían otra cosa que levantar nubes de polvo

para transportarlo de un lugar á otro, viniendo al fin el agua á ponerlo en remojo.

Otras diligencias, como eran las de las lí-

Carbó siú voceaba el indio otomí, que por lo tizado se asemejaba á un etíope.

Mantequilla de á real y medio, repetía sin



CARBONERO.



OLLERO.



LAVANDERA.

neas de Toluca, Morelia, Cuernavaca, Cuantla, Pachuca, Cuautitlán, Ixmiquilpan y Texcoco, que salían de México entre seis y siete de la mañana, confundían su ruido con el que pro-

ducían coches de alquiler que se dirigían á los sitios señalados, como eran la Plaza Principal, las plazuelas del Seminario, Guardiola, Santo Domingo y las calles de la Mariscala, y San José de Gracia, y con el de los omnibus, guayines y carretelas que se situaban también en la Plaza Principal y en la calle del Coliseo Viejo para conducir á los vecinos de México á San Cosme, Tacubaya, San Angel, Tlalpan y otros lugares de los alrededores. Desde 1857 México contó con dos vías férreas, la de México á Guadalupe, que inauguró solemnemente el Presidente Comofort el día 4 de Julio, y la de México á Tacubaya, que se estrenó el 16 de Septiembre.

El bullicio consiguiente á la populosa ciudad crecía con los gritos de los vendedores ambulantes.

cesar otro indio que llevaba á espaldas en un huacal su mercancía.

El vendedor de trastos de loza ordinaria, procedentes de Cuautitlán.

La lavandera que apenas podía abarcar bajo del brazo, un cesto en que llevaba ropa menuda para lavar ó bien, veíase cargando sobre los hombros media docena de enaguas que iba á entregar en la casa donde prestaba sus servicios.

Mercarán pollus, voceaba el pollero, que conducía á los infelices animales apretados y confundidos en el huacal, por cuyos intersticios asomaban aquéllos una pata para descansar, ó la cabeza en busca de aire que respirar.

Y por el estilo oíanse otros gritos tales como los siguientes, advirtiendo que algunas de las

mercancías sólo se expendían en determinadas épocas:

Cecina buena.

No mercará usted los patos.

La que vendía *chichicuilotes*, garbosas ave-



POLLERO.

cillas, no gritaba como casi todos los demás mercaderes, sino que voceaba su mercancía, entonada y cadenciosamente:



Hay seboooooo..... grito agudo y penetrante, con el que se anunciaba la que daba en cambio de sebo algunas hierbas medicinales.

Jabón de la Puebla.

Petates de cinco varas.

Petates de la Puebla.

Pescado blanco.

Tomillo, mejorana, muicle, y otros vegetales de las herbolarias.

Sucesivamente iban apareciendo, durante el día, mayor número de mercaderes ambulantes que gritaban:

Mercarán ranas.

Tierra para las macetas.

Alpiste para los pájaros.

Compran tinta.

Zapatos que remendar.

Sillas que entular.

Buenas cabezas de horno.

Al buen coco fresco.

Cristal y loza fina. Hay ropa que cambiar?

Agujas, alfileres, broches y bolitas de hilo.

Requesón y melado bueno.

Por la tarde sucedíanse los gritos de *Milcuiii*, melcocha. La india que vendía el correoso dulce sembrado de ajonjolí, y contenido en una aljofaina de calabaza, cambiaba su mercancía por clavos y fierros viejos, razón por la cual los niños no dejaban en sus casas clavos á vida ni llaves en las cerraduras.

Buenas palanquetas de nuez.

Aquí hay tamales.

Aquí hay atole.

Nilatzio, ó sea alcaucil, que se cambiaba por palos viejos, lo que inducía á los niños á la destrucción de muebles, aún de mediano uso.

Otros gritos, que á su tiempo indicaré, dejábanse oír en determinadas épocas.

Un tipo original, *Chencho el de las tenazas*, se presentaba por las calles vendiendo esos instrumentos indispensables para hornillas y fogones, ofreciéndolos con palabras inarticuladas, acompañadas de una sonrisa de idiota, á la vez que hacía sonar las tenazas, hiriéndolas con una barilla de hierro.

Vuelvo á tomar el hilo de mi narración: "México por la mañana."

Los cafés, como los del antiguo Cazador,

El Progreso, La Bella Unión y la Gran Sociedad, abrían sus puertas temprano para que los madrugadores tomaran un buen desayuno, consistente en chocolate ó café con leche, acompañados de mollete y de enormes tostadas con manteca, ó bien roscas y huesos de lo mismo y bizcochos de á cinco, que envidiamos los presentes que no contamos con bizcocherías, tan justamente afamadas como la de Ambrís, en la calle de Tacuba, y la de Puerto en la 3ª de San Juan, bizcochillos de á cinco cuyo recuerdo asociado al de la patria, hizo derramar algunas lá-



CHENCHO. EL DE LAS TENAZAS.

grimas en su ostracismo al virtuoso Arzobispo de México D. Lázaro de la Garza.

Muy dados eran algunos á tomar los pesados *huevos espirituales* con soletas ú otros bizcochos finos de los ya expresados.

Cierto es que México había adelantado mucho, pues contaba ya con no pocos establecimientos decentes en sustitución del primero y mezquino que existió en la calle de Tacuba, y á cuya puerta un muchacho anunciaba á grito partido que allí se servía *café con leche y mollete con mantequilla*, y del menos antiguo de Veroli, situado en lo que más tarde fué el Café de la *Sociedad del Progreso*.

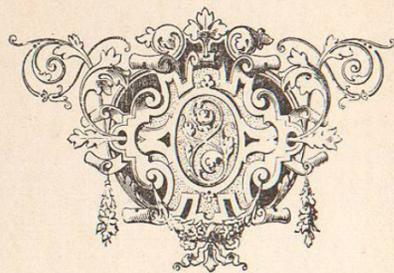
En otros cafés y lecherías como el de *Mi-nería*, situado en los bajos del edificio así lla-



mado, donde hoy está la imprenta de Fomento, y los denominados *Gran Café de las Escalerillas*, *Café Nacional*, *Puente de San Francisco*, *Rejas de Balvanera*, *Mariscalá* y otros, tomábase *atole* de leche, blanco ó ligeramente rosado, con bizcochos ó *tamales* cernidos y además, por la tarde y noche, *arroz con leche*, *natillas*, *bien-me-sabe*, *leche crema*, *jiricalla* y otros dulces por el estilo. En algunos establecimientos como el de Balvanera, servíase, al medio día, la refrigerante *cuajada*.



Los pobres se dirigían para hacer su desayuno, á determinadas esquinas, en donde se expendía, no sólo el *atole* simple, sino otros compuestos, tales como el de *anis*, *chileatole* y *chamurrado* ó *atole* con chocolate, y además agua de hojas de naranjo con su copita de aguardiente, té claro y agua teñida con café; mas en cambio gustaban aquellas gentes un sabroso pan blanco que ya quisiéramos los de la época actual de los *brioche* y *magdalenas*, masas de harina mezcladas con azafrán, cuando no con cromato de plomo en vez de huevo, salvas algunas excepciones, co-



mo que corren los tiempos del adelanto de la química que ha hecho necesario el establecimiento del Consejo Superior de Salubridad.

Las *lecherías* hallábanse generalmente instaladas en grandes accesorias, en las que había media docena de mesitas cuadradas, negras, con sus cubiertas pintadas á imitación del marmol; un armazón y mostrador en un rincón, un quinqué de aceite que pendía del techo, un escaparate con los platillos de dulce y, á la puerta, sobre una mesita de palo blanco, un gran lebrillo lleno de leche ya hervida y á la que el enfriamiento había creado una gruesa nata, que más tarde debía de recogerse para las sabrosas natillas que se expendían por la tarde y noche.

Incontable era el número de los establecimientos que con los títulos de Cafés y Lecherías se hallaban distribuidos por toda la ciudad, pudiendo citar sin referirme á los de mayor importancia antes mencionados, los siguientes: Café de Manrique en la calle de este nombre, junto al número 5; de las calles de Tacuba, Cadena, Rejas de Balvanera, la Merced y 1.^a de San Juan. El famoso del "Infiernillo," se hallaba situado en la calle del Coliseo Viejo, en la casa inmediata á la antigua Sociedad de El Progreso. La bebida especial y predilecta de los que á dicho establecimiento concurrían era el *fosforito*: Café puro que servía el mozo á discreción, llenando á la vez vaso y platillo, y para complemento de la bebida dos ó tres terroncillos de azúcar y una copa de buen catalán que á dicha bebida se mezclaba para apurarla tranquilamente á sorbos pausados y alternados con fumadas del cigarrillo.

XI

TIPOS ESPECIALES.

EL AGUADOR.



MEDIDA que el día avanzaba ibanse presentando otros tipos, que, por sus caracteres especiales, voy á dar á conocer separadamente.

EL AGUADOR, tipo original, que casi ha desaparecido, poseía las siguientes cualidades: era el amigo de confianza de las cocineras y las camaristas, el correvedile de los enamorados, el inventor de un sistema especial de contabilidad, el que ejecutaba su destreza quirúrgica en los gatos, el que en tiempos más antiguos enterraba á los muertos y en las procesiones de la Semana Santa cargaba á los Santos.

Desde la seis de la mañana daba principio á sus faenas dirigiéndose á una fuente, no sin echarse al coleto, de pasadita, una copa de *mezcal* ó *chinguirito* en alguna vinatería para *hacer la mañana* ó para *abrigarse el estómago*. De pie al



EL AGUADOR Y SU VÍCTIMA.

borde de la típica fuente del *Salto del Agua* ó de la tradicional de la plaza de Santo Domingo, ó bien al de cualquiera otra de las situadas en distintos lugares de la ciudad, llenaba de agua su esférico *chochocol*, cuyo asiento, en forma de rodete encajaba en una de las aberturas circulares practicadas en la superficie superior del brocal de piedra, de la fuente.

El aguador vestía camisa y calzón de manga, calzoneras de gamuza ó pana, mandil de cuero que pendía de una especie de valona de la misma materia, de la que era igualmente el casquete que cubría la cabeza, y el cinturón que sostenía por detrás el rodete en que apoyaba

ba el *chochocol* y unas pequeñas bolsas en que guardaba los colorines y la afilada navaja, instrumento indispensable para las operaciones gatunas. De su cintura pendía un cucharón de madera, de mango largo, del cual se servía para alcanzar el agua de la fuente, estando baja, y llenar el cántaro transmitiendo el líquido al *chochocol*. Echábase éste á la espalda, sosteniéndolo por medio de una cinta ancha de cuero sujeta en la cabeza, en tanto que de ésta misma, mediante otracorrea de cuero, sus pendía por delante el cántaro lleno igualmente, con el que contrabalanceando el peso del voluminoso *chochocol*, lograba poner su cuerpo en equilibrio.

Unas veces con paso tardo y trabajoso y otras con cierta ligereza proporcional á las fuerzas individuales y al peso de la carga, se dirigía á una de tantas casas en que prestaba sus servicios, pudiendo decirse, de planta.

Durante el tránsito, los muchachos que iban á la escuela lo detenían para mitigar su sed á boca de cántaro, y sólo los gatos, por su admirable instinto, huían de él espeluznándose para esconderse en los más recónditos lugares de las casas.

Al subir la escalera de una habitación, la primera que salía al encuentro era la cocinera que entablaba con él el siguiente diálogo:

—*¡Algame Dios! ñor Trenidá, qué tarde ha venido; por poco me deja hoy sin guisar. De altiro se pela Usté maestro, (abusa usted demasiado).*

—Qué quiere, ña Pascuala, si no había agua en la pila de Zuleta y he tenido que ir hasta el Salto del Agua.

—A mí no me engaña Usté, ñor Trenidá, el *chinguirito* (aguardiente) es *lagua* que irá á buscar en la vinatería de la esquina.